Biblioteca Virtual de Andalucía

# María Rosa Gálvez de Cabrera

## un loc hace cient 8

Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Deporte

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

MARÍA ROSA
GÁLVEZ DE CABRERA

# un loc hace cient

CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTE

Biblioteca Virtual de Andalucía

# [la autora]

María Rosa Gálvez nació en Málaga en 1768 siendo hija adoptiva de los Gálvez, una distinguida familia andaluza de militares y políticos. Las circunstancias de esa adopción no están claras y se ha barajado la posibilidad de que fuera realmente hija biológica de su padre o pariente de la familia. No existen datos sobre su formación intelectual pero, a juzgar por sus obras, debió tener una educación esmerada propia de una joven de buena familia. Se casó en 1789 con el teniente de infantería José Cabrera y Ramírez pero su matrimonio duró poco pues tras mudarse a Madrid ya vivían separados y la única hija que tuvieron murió en la infancia. Después de esa ruptura el marido fue enviado a Estados Unidos con un puesto diplomático pero Gálvez permaneció en la capital mientras Cabrera emprendía diversos pleitos contra ella. En el siglo XIX se generó toda una leyenda negra sobre la dramaturga que incidía en su supuesta vida inmoral al tiempo que se especulaba sobre la naturaleza de su relación con el político Manuel Godoy. Algunos críticos han apuntado que el retrato de Sidney, el protagonista de su drama *El egoísta (1804)*, vicioso, mujeriego y jugador podría estar inspirado en Cabrera y esa obra refleja también las penurias económicas que sufre la heroína cuando el marido derrocha su dote. Los problemas financieros de la propia Gálvez aparecen documentados en diversas peticiones en las que la escritora mantiene que Cabrera la había dejado en la indigencia, lo que refuerza la idea de que *El egoísta* podría muy bien reflejar la atribulada experiencia de Gálvez como mujer sola (dramaturga y con un marido hostil) en un mundo de hombres. Murió el 2 de octubre de 1806 a la temprana edad de treinta y ocho años dejando tras sí una extensa producción dramática. Escribió, además de poesía, diecisiete obras de teatro, de las que catorce se publicaron y siete se estrenaron en escenarios madrileños.

# [la obra]

El fin de fiesta *Un loco hace ciento* fue escrito para acompañar y dar cierre a la representación de la tragedia *Ali-Bek* (1801). El argumento de esta pieza en un acto gira en tono a una situación dramática (el matrimonio forzado) que se resuelve con ardides cómicos al tiempo que se lleva a cabo una aguda crítica de las costumbres del momento. Don Pancracio, un hombre fascinado por Francia y todo lo procedente del país vecino, se empeña en casar a su hija Inés con el marqués de Selva-Amena con el objeto de que adquiera un título aristocrático y adopte modelos parisinos de elegancia y civilidad. El padre no anticipa el inconformismo de la joven que planifica un sofisticado ardid teatral para casarse con el elegido de su corazón. El enredo da pie a numerosas situaciones cómicas resultantes de caricaturizar las exageraciones del padre y el aristocrático pretendiente subyugados por el hechizo de lo francés y víctimas de una intensa *galomanía*. La obra logra conciliar patriotismo y españolismo con respeto y valoración de lo extranjero, algo que remite al ideal de ciudadanía universal y, de alguna manera, al lema de la revolución francesa: libertad para la mujer y para los esclavos (*Zinda, Safo*), igualdad y fraternidad entre las naciones (*Un loco hace ciento*). El insólito ideal de cosmopolitismo que se plantea en la obra implica la superación de la dicotomía civilización/barbarie que se revisa aquí en clave humorística.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Deporte
© 2012 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura y Deporte
© de la edición anotada y posfacio: Ana María Díaz Marcos
Diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959119-3

Ilustración de cubierta: *Femme de Cadiz* [Mujer de Cádiz], d'aprés Rodríguez, Pauquet fréres, 1790. Grabado coloreado (detalle). Institut Cartogàfic de Catalunya.

# índice

UN LOCO HACE CIENTO 11

**POSFACIO**

LA LOCURA DEL VIAJERO RETORNADO:
LA "GALOMANÍA" EN *UN LOCO HACE CIENTO* DE MARÍA ROSA GÁLVEZ 95

Ana María Díaz Marcos

# COMEDIA
# EN UN ACTO EN PROSA
# PARA SERVIR DE FIN DE FIESTA:

POR

*DOÑA MARÍA ROSA DE GÁLVEZ*

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801

*Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepción Jerónima.*

# *ADVERTENCIA*

La opinión de algunos sujetos, sobre que no podrían hacerse en España composiciones dramáticas de la clase de la presente, comparables en gracia, invención y viveza de diálogo a las que de este género han venido de otros países y hemos visto traducidas;[1] la preocupación de que están imbuidos muchos jóvenes, que sin haber casi respirado el aire del otro lado de los Pirineos, vuelven a su patria despreciando todo cuanto hay en ella y haciendo consistir el aprovechamiento de sus viajes en el ridículo mérito de vestir, hablar y producirse en la sociedad de un modo extraordinario y el deseo de que la Tragedia de *Ali-Bek* tuviese un fin de fiesta, compuesto por su misma autora, e igualmente original, son los principales motivos que han contribuido a la composición de esta Comedia. La señora, de cuyas tareas es fruto, protesta sencillamente que no conoce original alguno que haya dado causa a la copia que se expone al público y que desea logre su aceptación.

# ACTO ÚNICO



La escena es en una sala de la casa de Don Pancracio, con puerta al despacho de éste y a la habitación de Inés.

# ESCENA PRIMERA

*Don Pancracio saliendo de su despacho en traje de peinar: Ginés en la escena.*

*Panc.* ¿Qué hora es, Ginés?

*Ginés.* Señor, las doce y media.

*Panc.* Pues vamos pronto, que ya no tardará en venir el Marqués y no quiero que me halle sin peinar.

*Arrimando silla, y poniéndole el peinador.*

*Ginés.* ¿Y cómo ha de ser hoy el peinado?

*Panc.* Bestia: ¿no has visto ayer la lámina y te pones a peinarme sin haber estudiado antes el modelo? Ve aquí lo que yo digo: toda la vida sirviendo y cada día más torpe. Si no se te puede tolerar.

*Ginés.* Señor, vm. perdone. He estado hasta las tres de la mañana haciéndome cargo de aquellas estampas que tienen el letrero encima, que dice... dice... *Costume Parisien*; y tengo en la uña el aire de aquellas cabezas. Hoy pondremos el pelo a la caracalla.[2]

*Panc.* Ya lo he llevado así el otro día y en casa de Doña Rita se rieron de mí, porque dicen que parecía mi cabeza la de alguno de esos *santibaratí*[3] que venden los piamonteses. Ya se ve: ¡miseria! No tienen gusto. ¡Ah! Ginés: todavía estamos por conquistar.

*Ginés.* ¿Cómo es eso, señor? Pues yo he leído, no me acuerdo dónde, que nos han conquistado tantas veces, y tantas castas de gentes diversas...

*Panc.* ¡Ignorante! ves ahí la prueba de nuestra incivilización. Tú eres de los criados españoles más instruidos, porque al fin estás a mi lado y has leído alguna cosa y mira la confusión de ideas que mezclas. ¿Qué tienen que ver las conquistas que hicieron en España los cartagineses, los romanos, los godos, los sarracenos, con lo que yo quiero decir? Mira, bruto: decir que estamos por conquistar es dar a entender, con buen modo, que los españoles somos salvajes. ¿Lo entiendes ahora?

*Ginés.* Sí, señor, maravillosamente.

*Retira silla y peinador.*

Pero ya está vm. peinado.

*Panc.* Pues ve; di a mademoiselle que se prenda con elegancia, aunque no exceda del *demi-negligé*,[4] porque ya no puede tardar en venir el que ha de ser su marido.

*Ginés.* Voy, señor.

*Aparte al irse.*

Eso de marido, será si el tío quiere.

*Se va.*

*Panc.* ¿Qué vas murmurando entre dientes? Malditos son estos criados de España. Sobre no tener habilidad para nada, siempre responden y gruñen. Pero mi hermano...

*Mirando adentro.*

Otro majadero. ¿Qué nueva impertinencia le habrá ocurrido para buscarme ahora?

# ESCENA II

*Don Pancracio y Don Lesmes.*

*Observando al salir a Don Pancracio.*

*Lesm.* ¡Qué figura tan ridícula! Me alegro de que hayas concluido la grande obra de peinarte, para que puedas oírme despacio.

*Irónicamente.*

*Panc.* Será de gran entidad el asunto que vienes a consultarme.

*Lesm.* Sí: de mucha entidad.

*Panc.* Pues di pronto, que estoy de prisa.

*Toma silla y siéntase.*

*Lesm.* Yo no.

*Panc.* Espero un amigo.

*Lesm.* Ya lo sé. Al señor Marqués de Selva-Amena.

*Panc.* El mismo.

*Lesm.* Bien. Yo quiero que me digas: ¿si piensas casarlo con mi sobrina Inés?

*Panc.* ¿Quién te lo ha dicho?

*Lesm.* ¿Quién me lo ha dicho? Todo el mundo. No se habla de otra cosa que de la boda pero yo no lo creo todavía.

*Panc.* ¿Y por qué?

*Lesm.* Porque es un disparate.

*Panc.* ¡Un disparate!

*Lesm.* Sí, señor, un disparate y muy gordo. Hermano mío, las mujeres no pueden tener dos maridos.

*Panc.* ¡Qué! ¿está casada mi hija, sin saberlo yo?

*Lesm.* No, señor, no está casada. Pero tú no tienes presente que está concertado su matrimonio con Don Hipólito, a quien se la ofreciste por esposa antes que fuera a sus viajes, que ha llegado anoche y que hoy, cuando salga a la calle, la primera noticia que reciba será que le van a soplar la novia por tus extravagancias. ¿Te parece que está bien visto faltar así a su palabra un hombre de tu edad?

*Panc.* A ver el joven.

*Lesm.* Ni tú ni yo lo somos. No hay que engañarse sobre lo que está a la vista. Pero al caso. ¿Será regular que yo consienta, cuando pienso que me herede mi sobrina, en que se case con un calavera, sólo porque ha estado en París?

*Panc.* ¡Ojalá hubieras estado tú!

*Lesm.* ¿Para qué? Para venir lleno de las preocupaciones que tú has adquirido, y abominando, como el Marqués, nuestra nación. Sepa vm., hermano mío, que si ella se casa con ese loco, no tiene que esperar un cuarto de mi herencia.

*Con ironía.*

Sería muy bello el destino de un mayorazgo montañés si diera en manos de dos atolondrados, que lo malgastasen en vestirse ridículamente y en hacerse insoportables en la sociedad.

*Panc.* ¡Bella conclusión! Pues, señor Don Lesmes, sepa vm. también que mi hija no necesita heredar el mayorazgo de la montaña para maldita la cosa. Ella será

Marquesa de Selva-Amena a tu pesar y su marido formará sus maneras, como debe tenerlas la mujer de un joven que ha viajado con aprovechamiento.

*Lesm.* ¿Y Don Hipólito (ya que esa es tu manía) no acaba también de llegar de sus viajes?

*Panc.* Sí: pero me acuerdo, de que era antes de su partida serio, reservado, y acérrimo español.[5] ¡Oh! seguramente no habrá sacado partido alguno de lo que ha visto.

*Lesm.* No sé cómo tengo paciencia para oírte disparatar.

*Panc.* ¿Pues para qué me oyes?

*Lesm.* Para ofrecerlo a Dios en descuento de mis culpas.

*Panc.* Edificante reflexión.

*Levantándose enfadado.*

*Lesm.* Acabemos. Ya que nada te persuade, espera al menos a ver a Don Hipólito, y mira cómo puedes retirar tu palabra.

*Panc.* ¡Oh! eso sí: francamente, lo veré, se lo diré, conocerá mis razones y esta noche mi hija Inés será Marquesa de Selva-Amena.

*Lesm.* Bravo. Que el diablo cargue conmigo, si en mi vida vuelvo a decirte una palabra.

*Se va.*

*Panc.* ¡Jesús! ¡qué bestia tengo por hermano!

*Suena una campanilla.*

Pero llaman: será el Marqués.

*Mirando adentro.*

Justamente. ¡Cómo ha tomado los aires extranjeros! Entre vm., amigo, y sea bienvenido.

# ESCENA III

*Don Pancracio y el Marqués.*

*Marq.* Amigo, vm. excuse mi tardanza. He sido detenido por esperar a mi sastre y como estos oficios de aquí son tan pesados, en vez de llevarme este pantalón a las once, como había ofrecido, fue a las once y cinco minutos; y luego... ¡vea vm. qué hechura! Esto es abominable. Por más que le he explicado el corte que da en París aquel famoso Monsieur Pantalonier, el que vive... ya lo conocerá vm. ¡Qué habilidad aquella! Ya se ve, como que ha gastado doce años en el estudio de las matemáticas y no corta pantalón que no esté con toda la precisión del cálculo. Pero a otra cosa: ¿y mademoiselle sabe ya que estoy aquí? ¿Se ha puesto la camisa a la estinquerque, y el fichú a la nigromante?[6] ¿Podremos verla? Ya vm. conoce que entre nosotros no ha de haber etiquetas. Sans façon, amigo, sans façon.[7]

*Panc.* Ahora la haré avisar. Si vm. está impaciente por verla, no lo estoy yo menos.

*Llamándole.*

Ginés.

*Sale Ginés.*

*Ginés.* Señor.

*Panc.* Di a la niña que venga, que está aquí...

*Marq.* Dígale vm. que está aquí su más rendido servidor; que estoy encantado de la dicha de haber sido elegido por su...

*Panc.* Ve pronto.

*Ginés se va.*

Tregua de cumplimientos.

*Marq.* Esto no es más que insinuar mi deber... ¡Ah! sí. ¿Ha dicho vm. a mi futura cómo me llamo?

*Panc.* No he tratado de eso. Le he dicho que vm. ha estado dos meses en París, que ha estudiado allí el modo de brillar en las sociedades, que tiene todos los aires

extranjeros, que conoce y publica nuestra ignorancia, y esto debe bastarle. Pues ahí es nada. Si no la casaría con un hombre que jamás hubiese salido de aquí, que tuviese, como todos, el pelo de la dehesa[8] y...

Marq. Vm. piensa con toda la elegancia propia de un hombre que ha respirado los aires transpirenaicos. Pero volvamos a mi nombre, que como tengo la desgracia de haber nacido en España, mis padres me hicieron poner *Agapito,* esto me pone en desesperación.

*Panc.* Con efecto, Agapito... Se queda uno pitando.

*Marq.* Ya vm. ve, que el nombre en negocios de damas, importa mucho. He creído, pues, que me conviene mejor llamarme Monsieur Gapitier. He de deber a vm., que use éste siempre y no el de Agapito, que a todos interesa pues su hija de vm. se llamará por consecuencia Madama Gapitiera, Marquesa de Selva-Amena.

*Panc.* ¡Bravo! ¡excelente!... Pero aquí viene la novia. No tiene aún las maneras convenientes pero a cargo de vm. queda el pulir este diamante bruto.

# ESCENA IV

*Dichos, Doña Inés e Isabel.*

*A Isabel al salir.*

*Inés.* ¡Ay, Isabel! esto es morir. ¡Que mi padre se haya empeñado en que yo le de el disgusto de negarme a sus preceptos! ¡Que me haya de poner en precisión!...

*Isab.* Señora, ánimo. Hipólito no puede tardar en presentarse, según vm. le ha prevenido. El tío lo quiere, y si el viejo no se contenta con un yerno más loco que el Marqués, darle con el Vicario, y adelante.

*Mientras ellas han hablado, se ha estado afectadamente componiendo. Luego se acerca a ellas con muchas cortesías ridículas.*

*Marq.* ¡Oh! Señorita, estoy encantado al ver la fortuna que se me proporciona en poder ofrecer a vm. mis conocimientos y mis gracias con mi mano. Vm. será muy feliz. Entre nosotros no puede haber desazones. Hoy nos casamos pero esto no importa: vm. será dueña de su voluntad y yo de la mía. Con tal de que vm. se vista según mis instrucciones, se porte según la ciencia que yo he adquirido en mis viajes y tenga la bondad de aprender el idioma francés para que yo no tenga el desagrado de oír hablar en mi misma casa el español, seremos los mejores amigos del mundo. Allons, Madama, esté vm. alegre. ¿Y cómo no se ha vestido vm. más elegante? Ya se ve, estas camareras no tienen delicadeza. ¡Oh! yo haré venir una gobernanta, que en cuatro días inspirará a vm. el verdadero buen gusto. Yo...

*Inés.* Caballero, mi padre me ha dicho que debo recibir a vm. por esposo. Creo que su bondad me permitirá resistir este precepto, fundada en la repugnancia...

*Marq.* ¡Repugnancia! ¡Bah! término de pura formalidad. ¿Y qué importa la repugnancia para una bagatela como casarse? Supongamos que yo no la parezco a vm. bien. Tanto mejor. A bien que después de casados nos hemos de ver muy poco aunque vivamos en una misma casa.[9]

*Panc.* No se canse vm., amigo: ella es dócil y el ejemplo la instruirá mejor que nada. Tratemos de las pequeñas capitulaciones. Ya vm. sabe...

*Marq.* No hablemos de eso. Madamita llevará lo que vm. guste. Nada de intereses.

*Panc.* Pero...

*Marq.* ¡Oh! no hay pero que valga. Yo no necesito de nada. —Tengo rentas.

*Panc.* Pero....

*Marq.* Entiendo. Ropa, la que vm. guste.

*Panc.* No es eso; sino....

*Marq.* Criados: guardará madama los que más le acomoden.

*Panc.* No, sino....

*Marq.* Coche, amigo, no puedo por ahora pero más adelante....

*Panc.* Oígame vm. le suplico.

*Marq.* ¿Pues yo acaso he interrumpido a vm.? Seré de mármol.

*Panc.* Digo que la generosidad de vm. no impide que yo cumpla mis obligaciones. Y al menos no me negará vm. la gracia de recibir dos alhajas preciosísimas que guardo escrupulosamente desde mi último viaje a Francia.

*Marq.* ¡Oh! por fineza, pase.

*Panc.* Voy a buscarlas. Sé que vm. me las ha de agradecer mucho.

*A Inés.*

Trata a este caballero con agasajo, procurando granjearte su benevolencia.

*Se va*

# ESCENA V

*Los mismos, menos Don Pancracio.*

*Marq.* Este padre de vm. es un buen hombre, me agrada y sabe más que el resto de nuestra nación.

*Inés.* Sí, pero no ha aprendido a conocer a los hombres puesto que quiere sacrificarme haciéndome recibir a vm. por esposo.

*Marq.* ¡Cómo sacrificar! ¿Pues qué encuentra vm. en mí de no convenible?

*Inés.* Todo. Dejemos la figura, que importa poco.

*Hace una pirueta.*

*Marq.* ¿Conque la figura importa poco? Digo: ¿eh?

*Inés.* Es lo que menos debe repararse en un hombre. Pero esa insustancialidad, ese desprecio de todo cuanto no ha venido del otro lado de los Pirineos, esa afectación ridícula de los aires extranjeros y, en una palabra, el ningún juicio que vm. manifiesta[10]...

*Marq.* ¡Soberbio discurso! Estoy encantado de ver las expresiones que dicta a vm. el amable rubor de la doncellez. ¡Ah! En breve aprenderá vm. a mi lado a desplegarse y mejorar sus ideas.

*Inés.* Jamás estaré al lado de vm. Jamás podré sufrirlo.

*Marq.* Mejor. Después de casados nos visitaremos con ceremonia. Eso es más del gran tono.

*El Marqués se mira al espejo.*

*Doña Inés a Isabel.*

*Inés.* ¿Oyes esto? ¿Quién no se ha de desesperar?

*Mirando adentro.*

*Isabel.* No tenga vm. cuidado, señora; aquí viene el tío.

*Queriendo tomarle el abanico.*

*Marq.* Y bien, ¿se va vm. suavizando?

# ESCENA VI

*Don Lesmes y dichos.*

*Inés.* Déjeme vm. en paz, hombre insensato.

*Marq.* Esa es bella palabra.

*Don Lesmes al salir.*

*Lesm.* ¿Aún no ha venido Don Hipólito? Si supiera que estaba el Marqués no me hubieran visto el pelo. Pero ya que estoy aquí, veremos si puedo hacerle conocer la razón.

*Al Marqués.*

Caballero, beso a vm. la mano.

*Marq.* Soy de vm. sin cumplimientos. Vm. supongo que me favorece. Creo que su amor a la señorita le hace acreedor a participar de nuestras felicidades. Hoy unirá himeneo la dama más preciosa de España al hombre más digno de ella. Digo más digno, porque nadie como yo pudiera obsequiarla, instruirla, merecerla, mejorarla, ni divertirla. Porque, amigo, al fin he estado dos meses en París: he visto, observado y aprendido lo mejor de todo lo mejor, pues todo lo mejor se encierra allí y de ello he sacado una quinta-esencia, que me hace el primero... ¿qué es el primero? el único entre nosotros merecedor del enlace de Madamita.

*A ella con afectación.*

¿Qué tal? ¿qué tal? ¿Ha oído vm. qué modo de eslabonar («tourner» se dice en francés, y explica más) un discurso y un cumplimiento?

*Inés.* He visto que vm. no tiene cura. Y si no fuese porque espero que mi tío no permitirá mi sacrificio, preferiría la reclusión de un claustro al tormento de dar a vm. la mano.

*Marq.* Pero eso es ya demasiado fuerte. Vm. no puede en buena educación tratarme con aborrecimiento. No importa que vm. me aborrezca: el caso es no darlo a entender. Es preciso algo más de civilización. ¡Oh! yo, yo pondré a vm. en cuatro días igual a las primeras legisladoras del gran tono.

*Inés.* Vm. jamás será cosa alguna mía.

*A Don Lesmes.*

Yo no lo puedo sufrir: me retiro. Por Dios, hable vm. a mi padre, recuérdele su antiguo contrato y evite, si me ama, la mayor desgracia que puede sucederme.

*Se va con Isabel.*

# ESCENA VII

*Don Lesmes y el Marqués.*

*Lesm.* Pero, ¡válgame Dios! Señor Marqués, ¿que un hombre como vm., que se dice tan instruido, se empeñe en llevar adelante este matrimonio, conociendo la repugnancia de mi sobrina? No sería mejor que vm. cediese y...

*Marq.* ¿Qué llama vm. ceder? ¿y por qué no ha de gustar de mí madama Inés? ¿quién se lo ha dicho a vm.? ¿cómo? ¿por dónde se puede imaginar? ¿sabe vm. lo que ha dicho? ¿no gustar de mí? ¿repugnancia a unirse conmigo? Hombre, vm. es un torpe, un hombre sin discernimiento. Ve vm. mi modo de vestir, mi modo de hablar, mi alegría, mis maneras, mi todo pues todo es aprendido entre gentes, sí, entre gentes que son la verdadera ciencia. ¡Repugnancia! Vaya, vm. está muy atrasado.

*Aparte.*

*Lesm.* No sé cómo tengo paciencia.

*A él.*

Cuando todo eso fuese así, esto es, cuando la ciencia universal estuviese vinculada en esas gentes, ¿bastaría para haberla vm. adquirido el haber estado dos meses entre ellas? Y si no ¿qué ha hecho vm. en esos dos meses?

*Marq.* Toma, ¿qué he hecho? He frecuentado mucho los teatros: he leído muchas novelas, me he perfeccionado en hablar el francés, he concurrido a aquellos brillantísimos paseos, he visitado los mejores sastres y modistas: he acudido de continuo a los cafés y últimamente, amigo, he dicho mucho mal de mis majaderos paisanos.

*Lesm.* Si todos los que salen a viajar son como vm., no es extraño tengamos esa fama. Veo que es tiempo perdido empeñarse en desengañar a vm. del fanatismo que se le ha metido en la cabeza y le ha ayudado a perder la poca que manifiesta haber tenido siempre; pero al menos quisiera, si fuese posible, que vm. me dijese, ¿cuál es la gran diferencia que la naturaleza puso entre el español y el extranjero, de que necesariamente ha de provenir la enorme ventaja que, según vm. y otros semejantes, los distingue de nosotros?

*Marq.* Hombre, ¿ahora duda vm. eso? Una verdad tan patente no necesita pruebas pero para demostrarla en pocas razones, observe esa ventaja en solo un punto bien obvio. Vm. y todos ven la dificultad que cuesta a cualquier español aprender a

hablar francés pues, mire vm., en París cualquier chiquillo de tres o cuatro años lo habla corrientemente. ¿Qué dirá vm. de este prodigio, eh?

*Sonriéndose.*

*Lesm.* ¿De cuatro años hablan el francés?

*Marq.* Sí señor, el francés, el francés.

*Lesm.* ¿Pues habían de hablar el griego?

*Marq.* ¡El griego de cuatro años!

*Aparte.*

*Lesm.* Está loco enteramente.

*A él.*

Pues ese sería el milagro, porque lo demás es hablar los niños su lengua, como nosotros la nuestra.

*Marq.* Vm. no lo entiende. Yo veo en esto solo la particular instrucción que allí se alcanza.

*Lesm.* Vm. puede verla y yo abandonarle a su modo de pensar. Pero lo que no puedo es dejar de suplicarle de nuevo que cese en el proyecto de la boda; porque, vm. no

se canse, mi sobrina Inés jamás será su esposa.

*Marq*. ¿Cómo no? Su padre me la ha ofrecido.

*Lesm*. Pero contra su gusto y si consiente yo la desheredo.

*Marq*. Eso no importa nada.

*Lesm*. Mire vm. bien en qué se empeña, porque no faltará quien lo estorbe.

*Marq*. ¡Oh! si es por punto de honor estoy pronto a batirme a la punta de la espada.

*Aparte.*

*Lesm*. Éste quiere que yo le rompa la cabeza.

*A él.*

No se trata de eso. Si fuese menester, vm. encontraría quien aceptase su propuesta.

*Haciendo lo que dicen las palabras siguientes.*

*Marq*. ¿Y quién? Ahora, en el instante, en el momento. Voy a buscar espada. Salgo al campo, me pongo en guardia, me tiran la estocada de una, dos, paro en tercia y contra. Respondo; zas, lo herí, cayó la primera sangre,[11] está acabado el desafío, me vuelvo a casa, celebro la boda y...

# ESCENA VIII

*Don Pancracio y dichos.*

*Panc.* ¿Qué ruido es este? ¿por qué da vm. voces, señor Marqués?

*Limpiándose el sudor.*

*Marq.* ¡Oh! por nada, por nada. He dado al señor Don Lesmes una prueba de mi ciencia de armas. Salí al campo, hubo motivo, le herí, y ya somos los mejores amigos del mundo.

*Lesm.* Hermano, este hombre delira. Óyeme una palabra.

*Panc.* Ahora no puede ser, porque tengo que evacuar con el señor cierto asunto. Mañana...

*Lesm.* Mañana no será tiempo. Y quizá lo que tengo que decirte, tiene mucha conexión con el asunto de este caballero.

*Panc.* Pues dilo y sea breve.

*Lesm.* Sí seré. Tu hija no gusta del señor.

*Panc.* Eso ya lo sé.

*Lesm.* ¿Lo sabes y estás resuelto a casarla?

*Panc.* Sin recurso: ella ha de obedecerme.

*Lesm.* Su inocencia y sus virtudes la hacen acreedora a que no se la violente y tu palabra está empeñada con Don Hipólito.

*Panc.* ¿Y bien?

*Lesm.* Es preciso que suspendas la boda hasta hablar con él y si la quiere...

*Panc.* Llega tarde: estoy ya decidido, y mi hija se casará con el Marqués.

*Lesm.* Primero se la ofreciste a Don Hipólito y el gusto de mi sobrina...

*Panc.* Llega tarde, te digo; y aunque no llegara, jamás mi hija sería para un hombre que seguramente no tendrá las maneras del señor.

*El Marqués hace profunda cortesía.*

*Lesm.* Todo hombre es ciudadano del mundo, en todas partes puede instruirse y formar su espíritu.[12] Yo pienso...

*Panc.* Tú piensas como los que no han visto otra cosa. El señor y yo sabemos por experiencia que no todos pueden aprovecharse de las bellezas de los países extranjeros y sacar partido.

*Lesm.* Pero...

*Marq.* Pero no se canse vm., hombre, jamás se vería en París una importunidad de esta clase.

*Panc.* Es asunto concluido. ¿Tienes más qué decir?

*Lesm.* Tengo sólo que prevenirte que hay remedios contra la violencia y que yo sabré buscarlos.

*Panc.* ¿Cómo? ¿cómo? ¿amenazas a mí? ¿tú te atreves a insultarme?

*Lesm.* Yo te juro que tomaré mis medidas para estorbar que se le falte a Don Hipólito y se atropelle la voluntad de mi sobrina.

*Se va.*

# ESCENA IX

*Don Pancracio y el Marqués.*

*Panc.* Anda con mil santos.

*Al Marqués.*

Amigo, vm. disimule este enfado. Al fin criado en la montaña. Volvamos a nuestro asunto.

*Marq.* ¡Oh! Señor: vm. es dueño de tratarlo cuándo y cómo guste.

*Panc.* Mil gracias. Aquí traigo a vm. dos alhajas, que le presento en nombre de la novia.

*Marq.* Soy muy sensible a la bondad de vm. ¿Y qué son?

*Sacando un frasquito con agua.*

*Panc.* Este es un frasquito en que conservo agua del gran río Sena, cogida por mi mano junto al puente nuevo en París.

*Tomándolo.*

*Marq.* ¡Oh, tesoro! ¡oh, agua preciosísima! Yo te estimo, te admiro y te venero: a ti, que sólo corres por aquel país de bendición. No te desdeñes de venir a poder de un español, que aunque lo es por naturaleza, no por gracia ni deseo.

*Sacando un botecito.*

*Panc.* En este botecito presento a vm. igualmente un poco del lodo de aquella capital de Francia, que ha dado nombre a tantos vestidos de petimetres[13] y que ha enriquecido a tantos mercaderes.

*Tomándolo.*

*Marq.* Ven a mi poder, maravilla exquisita. Observe vm., amigo, qué será un país, donde hasta del lodo se saca fruto para la industria y fomento para el comercio.

*Panc.* Conservaba también una bolita de excremento de ánade, cuyo color también estuvo mucho tiempo de moda;[14] pero habiéndola sacado un día de la cajita en que la guardaba, para observar si padecía alguna alteración, la dejé sobre la mesa de mi despacho y por la noche los malditos ratones hicieron un banquete con mi alhaja.

*Marq.* ¡Dichosos animales!

*Suena una campanilla.*

*Panc.* Pero llamaron. ¿Quién vendrá ahora a interrumpirnos?

*Sale Ginés.*

*Gin.* Don Hipólito pide permiso para ver a vm.

*Panc.* Dile que no estoy visible.

*Gin.* Señor, vienen con él sus criados que traen varios regalos de París para vm.

*Panc.* ¿Qué dices, hombre? Voy corriendo a recibirlo.

*Al tiempo de salir entra Don Hipólito y sus criados con dos cofres. Don Hipólito abraza y besa a Don Pancracio.*

# ESCENA X

*Don Hipólito y dichos.*

*Hipol.* Oh, Monsieur Don Pancracio, ó mon ami, serviteur tres-humble.

*Haciendo afectadas cortesías.*

*Al Marqués.*

O Monsieur le Marquis,

*Abrazándole y besándole.*

Je suis ravi de rivederlos.

*Panc.* ¿Cómo? ¿también habla vm. en italiano?

*Hipol.* Oui. Esto es para la música. Me soy acostumbrado tanto a estos idiomas, que apenas podré encontrar parolas con que explicarme en español.[15]

*Panc.* Yo estoy también arrebatado, ravi como vm. dice, de ver los talentos que ha desplegado.

*Al Marqués.*

¿Cómo lo encuentra vm., Marqués, con tan bellas adquisiciones?

*Marq.* Charmant.

*A Don Pancracio.*

*Hipol.* Mon ami, reciba vm. de mi afecto todo el aparato nupcial que viene en esos cofres modelado por las cabezas más inteligentes de los países extranjeros y más en gran tren. Pero, a propósito de tren. ¡Qué carroza traigo en figura de globo aerostático tirada por dos panteras![16]...

*Panc.* Hombre, ¡dos panteras!

*Hipol.* Sí señor, panteras. Así se llaman modernamente los caballos píos. ¡Oh! hasta en esto de los nombres se han hecho maravillosos descubrimientos. A propósito de descubrimientos.

*A Ginés.*

Garzón.

*Gin.* ¡Hola! Ya soy garzón.

*Hipol.* Trae un vaso.

*Se va Ginés.*

Y vosotros

*A sus criados.*

Abrid esos cofres para que Monsieur Don Pancracio vea lo que contienen y disponga de ello a su gusto.

*Los criados abren los cofres. Ginés sale con un vaso.*

*Panc.* Vaya, estoy loco de contento.

*Ginés.* Aquí está el vaso.

*Sacando un frasquito con vino blanco.*

*Hipól.* Prueben vms. un trago del precioso vino de cotorrotí.

*Marq.* ¡Qué nombre tan elegante! Se parece el color al del vino de grave.[17]

*Despues de haber bebido.*

*Panc.* ¡Oh! no. Esto es otra cosa. Beba vm., Marqués: es delicioso.

*Despues de beber.*

*Marq.* ¡Oh! cierto. Tiene un gusto a fresa.

*Hipól.* ¡Ignorancia! No sabe sino a cotorrotí.

*Marq. y Panc.* Sí, sí, a cotorrotí.

*Hipól.* ¿Pero y mademoiselle? Hágala vm. avisar que está aquí su esposo.

*Panc.* Voy al instante.

*Deteniéndolo.*

*Marq.* ¿Cómo? ¿se olvida vm. de su palabra?

*Panc.* ¿Y vm. no tiene presente que antes estaba comprometido con mon ami Don Hipólito? ¿Y cómo me ha puesto mi hermano, no hace mucho tiempo, porque prefería a vm.?

*Marq.* Pero vm. no obstante....

*Panc.* ¡Oh! Don Hipólito trae vino de cotorrotí.

*Se va.*

# ESCENA XI

*Don Hipólito y el Marqués.*

*Marq.* Pero Don Hipólito, hombre, vm. me trastorna. Yo debía esposar a Mademoiselle esta noche y no es regular que por su venida....

*Hipól.* Fi, donc, Marqués. Mi boda puede proporcionarle mayores ventajas y, si vm. desiste de su pretensión, le ofrezco iniciarle en todos mis conocimientos, y hacerle maestro en todas las últimas costumbres extranjeras. Por ejemplo, vea vm. mis calzones. Vm. está en prensa con su pantalón estrecho, yo con el mío ancho estoy más de moda y más cómodo.[18] Hace mucho tiempo que se ha descubierto en Holanda cuánto perjudica la estrechez al desarrollo de las formas. Últimamente, ofrezco a vm. por esposa a mi hermana, que no sabe una palabra del español porque se ha criado en Francia y si yo pudiera casarme con ella, no se la cedería a nadie.

*Marq.* Verdaderamente, Don Hipólito, es vm. un caballero obligante y sus maneras no me dejan arbitrio para insistir en mi solicitud. Yo cedo gustoso el derecho que puedo tener a madama Inés y espero con impaciencia la mano de su señora hermana de vm. Ahora mismo voy a avisar al escribano para que ponga en el contrato nupcial el nombre de vm. en lugar del mío y por este medio se acorten dilaciones.

*Se va y vuelve desde el bastidor con precipitación.*

Pero, Don Hipólito, dígame vm. ¿cómo podré yo presentarme aquí esta noche con este antiguo traje en medio de la concurrencia, sin parecer desairado al lado de la elegancia del de vm?

*Hipól.* Eso es fácil de remediar. Lo más notable son los calzones.

*Va al cofre y saca un pantalón ancho carmesí, con galón muy ancho de papel dorado.*

Vea vm. aquí unos bien de moda, color de agonía de toro, con que puede excitar la admiración de todos los concurrentes, si me hace el honor de aceptarlos en mi nombre.

*Tomándolos, y mirándolos.*

*Marq.* ¡Gran mercí! ¡Oh! son maravillosos. Voy a ponérmelos a casa y vuelvo luego que avise al escribano. A Dieu, moncher.

*Lo abraza y lo besa.*

*Hipól.* A Dieu, mon ami.

*El Marqués se va bailando con los calzones.*

*A sus criados.*

Idos vosotros a casa y volved dentro de una hora.

*Se van los criados.*

# ESCENA XII

*Don Hipólito, después Doña Inés y Isabel.*

*Hipól.* ¡Válgame Dios! ¡cuánto me cuesta este fingimiento! ¿Es posible que para conseguir la mano de mi amada Inés, merecida por mi constancia y ofrecida a mi honradez por un hombre formal como Don Pancracio, porque él se ha vuelto loco tenga yo que parecerlo? ¿Qué dirá mi amigo Don Lesmes, si no puedo descubrirle mi estratagema antes que nos veamos en público? Pero Inés.... ¡Oh, vida mía!

*Se adelanta a recibirla.*

*Salen Doña Inés e Isabel.*

*Inés.* ¡Querido Hipólito! ¿Será verdad que puedo volver a tu vista con el dulce nombre de esposa tuya?

*Hipól.* Sí, bien mío, ese título tan deseado me hace superar la repugnancia que tengo a parecer fatuo algunas horas.

*Inés.* Estas pocas horas aseguran nuestra dicha perpetua. La preocupación de mi padre, sin este fingimiento, jamás hubiera cedido y yo sería víctima de un capricho despreciable.

*Hipól.* Pero tu tío, mi buen amigo Don Lesmes....

*Inés.* Deja a mi cargo enterarle de tu conducta. Cuando sepa que por mi consejo te vales de esta astucia, él mismo la apoyará por el deseo que tiene de verme feliz.

*Mirando adentro.*

*Isabel.* Vuelva vm. a tomar sus maneras postizas que vienen los viejos.

# ESCENA XIII

*Don Lesmes, Don Pancracio, y dichos.*

*Al salir a Don Pancracio.*

*Lesm.* Vaya, si no lo veo, no lo creo.

*Panc.* Pues ven y lo verás.

*A Don Hipólito.*

Don Hipólito, aquí tiene vm. a mi hermano, que no quiere persuadirse a que vm., conociendo nuestra barbarie por la experiencia de sus viajes, se propone civilizar la España, teniendo yo la fortuna de que empiecen sus lecciones por mi familia.

*Lesm.* Verdaderamente, amigo mío, que no sé qué discurrir al ver a vm. con ese traje tan extravagante. ¿Será cierto?....

*Hipól.* ¡O mon amí! Deje vm. de ponerse en ridículo, dudando de las ventajas que he adquirido en el giro de mis viajes. He perdido aquella necia predilección por las máximas de nuestros antiguos, he aprendido a cuidar de mi persona, y la sé adornar con elegancia, ya no me explico con la sencillez ridícula que lo hace todo el mundo, he abjurado los restos góticos[19] que veneran los españoles, en una palabra: me he refundido de modo que sólo aparece en mí la ilustración extranjera. Vm. será instruido y recibirá en prueba de mi afecto una magnífica peluca de nueva invención hecha de pelo de erizo.

*Lesm.* Un demonio recibiré. Cáspita y qué regalo. Vaya, que estamos medrados con los viajeros. Guarde vm. su peluca para mi hermano, que es más digno de ella que yo ahora mismo voy a disponer mi equipaje y ajustar un coche que me lleve a la montaña[20] antes que por loco vaya con vms. a Zaragoza.

*Quiere irse.*

*Deteniéndole.*

*Panc.* Pero mon frere.

*Lesm.* Mon diablo.

*Hipól.* Mon ami.

*Lesm.* Mon tronera. No me hable vm. una palabra en su vida. En buena cabeza había yo puesto mi confianza. No, no, el cuarto que hereden de mí que me lo claven con un clavo timonero en la frente.

*Se va.*

# ESCENA XIV

*Los dichos, menos Don Lesmes.*

*Panc.* No haga vm. caso, Don Hipólito. Si se va, buen viaje; no lo necesitamos para nada.

*Hipól.* Pero no obstante, si por mi causa priva a esta señorita de sus bienes y de su estimación, sentiría.....

*Inés.* No lo sienta vm. Yo solo pienso en obedecer a mi padre. En cuanto a mi tío, le hablaré antes que disponga su partida y espero que conozca la razón y aprecie a vm. según su verdadero mérito.

*Panc.* Niña, llévate el vestido que te trae Don Hipólito para esta noche y procura que Isabel y los otros criados se adornen más a la extranjera y que vayan a llamar a un escribano.

*Llamando.*

Garzón.

*Ginés saliendo.*

Ese soy yo.

*Sacando del cofre una camisa de red con los agujeros muy grandes y dándosela a Doña Inés, y para la criada un saco o citoyen*[21] *ridículo galoneado.*

*Hipól.* Para todos vienen trajes al carácter en este cofre. En cuanto al escribano, el Marqués fue a decirle que extendiera el contrato, poniendo mi nombre en lugar del suyo y no puede tardar en venir.

*Panc.* Según eso, se ha convencido. Si era preciso.

*A Isabel.*

Isabel, di a tus compañeros que vengan aquí para que se vistan según les diga Don Hipólito, y tú ve, hija mía, no perdamos tiempo.

*Inés.* Voy al instante.

*Se va con Isabel, que lleva los vestidos.*

# ESCENA XV

*Don Hipólito y Don Pancracio, después Martín.*

*Yendo al cofre, y sacando un vestido guarnecido de letras de papel dorado que digan «Un loco hace ciento.»*

*Hipól.* Reciba vm., mon ami, un vestido a la telégrafa, que es digno de un soberano.

*Panc.* ¡Oh, favor! un vestido a la telégrafa.[22] Vaya, la fortuna se ha entrado de rondón por mi casa.

*Poniéndose el vestido.*

*Hipól.* Observe vm.: todo el alfabeto está en la greca de la garnitura.

*Panc.* Hombre, déjeme vm. ir por todos los espejos que hay en casa para saciar un poco el deseo de considerar esta maravilla a mi placer.

*Se va con el vestido puesto mirándose.*

*Martín sale por otra puerta.*

*Hipól.* Ginés, en ese cofre hay vestidos para ti y tu compañero. Elige los que quieras, mientras yo voy a ver si logro apaciguar a Don Lesmes.

*Se va.*

*Sacando del cofre unas levitas muy cortas y calzones anchos guarnecidos con papel dorado, corbatas grandes y pelucas.*

*Mart.* Ginés, ¡cuánto oro tienen estos sacos!

*Ginés.* Hombre, yo he visto en algunas óperas trajes muy parecidos a estos.[23] ¿Pero qué hay en esta faltriquera? Grande hallazgo: un espejito pequeño.

*Registrando también su faltriquera.*

*Mart.* Aquí parece que hay otro. Con efecto. ¡Qué exceso de prevención!

*Ginés.* Aprovechémonos de ella para ponernos estas sábanas al pescuezo.

# ESCENA XVI

*Los criados vistiéndose y mirándose ridículamente al espejo. El Marqués sale, trae puestos los calzones anchos que le dio Don Hipólito.*

*Marq.* Todo Madrid me ha seguido hasta la puerta de esta casa penetrado de admiración. Hasta los chicos me prodigaban sus aclamaciones. ¡Oh, virtud de la moda!

*Repara en los criados.*

¡Hola! bravo, muchachos: soberbios vestidos, magníficas pelucas. Pero tú, Ginés, te estás estirando esa corbata que debe estar menudamente plegada a manera de camisolín de plataforma.

*Ginés.* Si vm. me hiciera el favor de tenerme este pequeño espejo, entonces....

*Tomando el espejo.*

*Marq.* Sí, sí, me intereso en tus lucimientos, como criado que puede hacer honor a la nación.

*Llamando desde adentro.*

*Lesm.* Ginés, Martín.

*Mart.* Sí, a la otra puerta.

*Alto.*

*Ginés.* Ahora no podemos ir.

# ESCENA XVII

*Don Lesmes muy enfadado, y los dichos.*

*Lesm.* Pícaros. ¿Qué se entiende no podemos ir cuando yo llamo?. Veamos si mi bastón os aligera las piernas.

*Va a darles y el Marqués lo detiene.*

*Marq.* ¿Qué va vm. a hacer, mon ami? ¿quiere vm. impedirles que contribuyan a la brillantez del *mariage*?

*Lesm.* Maldito sea el *mariage*. Quiero que vayan al instante a buscarme un coche de camino para irme a mi tierra y salir de esta casa de locos. Todos, todos han perdido la chaveta. Mi hermano anda dando vueltas a los espejos con un maldito

vestido guarnecido de letras de carteles de toros, mi sobrina, hecha una cigüeña, metida en una red de cazar pájaros, la criada envuelta en un saco con dos libras de almazarrón en la cara y una pieza de tafetán inglés repartida en lunares. Llamo a los criados, no me responden, salgo a buscarlos, los encuentro vestidos de máscara y a vm. que parece un pelele de carnaval. Vaya, no sé lo que me pasa. Tenía fundadas mis esperanzas en Don Hipólito y viene rematado. Él me anda persiguiendo para hablarme pero yo no he querido oírle una palabra. Lo tenía por hombre de juicio y por eso no quería que Inés se casase con vm. pero ahora....

*Marq*. Ahora, aunque me la viene a ofrecer...

*Lesm*. ¿Qué dice vm. hombre?

*Marq*. Sí señor; lo conozco.

*Lesm*. ¿Yo ofrecer a vm. mi sobrina?

*Marq*. Sí señor. ¿Para qué son rodeos? Llega vm. tarde. Estoy comprometido.

*Muy enfadado.*

*Lesm*. Vaya, yo reviento de cólera.

*Marq*. Sí señor, comprometido. Una señorita criada en Francia anhela mi posesión.

*Lesm*. Un diablo que cargue con vm.

*Marq.* Vamos, no hay por qué sofocarse tanto. No es culpa mía, si vm. llega tarde.

*Lesm.* Ya verá vm. si llego a tiempo de romperle la cabeza.

*Marq.* Hombre, hombre, acuérdese vm. de lo que le ha sucedido no hace mucho, y si se me atreve porque estoy sin florete....

*Lesm.* Tampoco yo lo tengo, pero de puño a puño....

*Marq.* No, eso es a la inglesa. No me gusta.

*En acción de darle.*

*Lesm.* A mí sí.

# ESCENA XVIII

*Dichos, y Don Hipólito, que detiene a Don Lesmes.*

*Hipól.* ¿Qué va vm. a hacer, amigo mío?

*Lesm.* No más que un agujero en la mollera del Marqués, por donde le entre la claridad, para que no interprete mis palabras. Cáscaras y qué pesado es el monuelo y qué insolente.

*Hipól.* Pero por Dios, señor Don Lesmes, serénese vm., y ya que no ha querido oírme, lea ese papel para que se tranquilice. Se lo pido en nombre de nuestra antigua amistad.

*Lesm.* ¿Vm. se atreve a recordarla? Pero veamos,

*Tomando el papel.*

y será mi última condescendencia.

*Hipól.* Marqués, venga vm. aquí, verá varios figurines nuevos, que Don Lesmes, en leyendo esas remarcas sobre la preocupación, se convendrá a nuestras ideas.

*Se lo lleva al foro y lo entretiene en tanto que Don Lesmes lee.*

*Mirando el papel.*

*Lesm.* Esta es letra de Inés. *Lee.* «Querido Hipólito, mi padre, temeroso de que llegues a tiempo de reclamar mi mano y mi amor, me obliga, a pesar de la oposición de mi tío, a quedar desposada mañana a la oración con el Marqués de Selva-Amena, fundándose solamente en el mérito de sus extravagantes vestidos y en el desprecio que hace de nuestra patria. Venzamos esta preocupación por medio del artificio, preséntate mañana a mi padre cargado con todas las ridiculeces de un joven viajero aturdido y por pocos instantes de fingimiento, tienes segura la posesión de tu fiel amante. Inés.»

*Habla.*

Cuando las muchachas están enamoradas y se ponen a discurrir, son el demonio. Don Hipólito, ¿vm. me asegura la certeza del contenido de este papel?

*Hipól.* Yo lo afirmo bajo mi palabra de honor.

*Guardando el papel.*

*Lesm.* Basta. Estoy convencido y quiero divertirme en la boda. ¿No hay un vestido para mí?[24]

*Hipól.* ¿Pues había de faltar? Vea vm. qué uniforme de campaña.

*Sacando del cofre una casaca corta ridícula.*

*Poniéndosela.*

*Lesm.* ¿Y la peluca de erizo?

*Sacando una peluca con el pelo muy encrespado.*

*Hipól.* Aquí está.

*Lesm.* Supongo que el pelo estará de modo que la suavidad no me penetre el cráneo.

*Hipól.* Ciertamente.

*Marq.* ¡Cuánto me encanta que vm. conozca la razón!

*Con ironía.*

*Lesm.* Sí señor, la conozco y quiero tener parte en su triunfo.

# ESCENA XIX

*Los dichos, Don Pancracio, Doña Inés e Isabel, vestidos como se ha dicho en las escenas antecedentes.*

*Mirando a su hermano.*

*Panc.* Bravo, hermano mío. Al fin te has convencido, según veo, de que mis ideas son brillantes.

*Lesm.* Sí, Pancracio, Don Hipólito y mi sobrina son dos genios incomparables para perfeccionar una reforma.

*Inés.* ¿Con que ya sabrá vm., querido tío....

*Lesm.* Sí, sobrina, ya he visto tus observaciones por escrito.

*Panc.* ¡Cómo! ¿Has empleado tu pluma en favor del buen gusto?

*Lesm.* Sí, hermano. Después lo sabrás todo.

# ESCENA XX

*Los dichos y un escribano vestido de negro.*

*Escrib*. A Dios, señores. ¡Jesús! ¡qué extrañas figuras! A que no es aquí donde yo vengo.

*Marq*. Sí señor, aquí es. Vm. traerá el contrato para la siñatura.

*Escrib.* Creo que sí aunque no entiendo mucho lo que V. S. me dice. Traigo la escritura matrimonial de Doña Inés de Rivera con Don Hipólito Fernandez, cuyo nombre me mandó V. S. poner en lugar del suyo pero extraño ver....

*Acercándose al escribano.*

*Hipól.* No hay nada que extrañar. Acabe vm. de formalizar el contrato y que firmen estos señores, mientras yo me retiro a esta pieza y me visto como conviene para celebrar mi dicha.

*Aparte al escribano, poniéndole un bolsillo en la mano.*

Haga vm. lo que le digan y hable como le hablaren, pues dice el proverbio: donde quiera que fueres, etc.

*Se va sacando del otro cofre un vestido que se lleva.*

*Escrib.* Sí señor, haré lo que me manden y hablaré como vm. quiera. Este caballero tiene un modo tan enérgico de enseñar los idiomas,

*Guardando el bolsillo.*

que en un instante lo aprenderían todos los escribanos del mundo si lo tuviesen por maestro.

*Arrimando silla a la mesa donde está la escribanía.*

*Marq.* Venga vm. y siéntese Monsieur le Notario.

*Se sienta el escribano y saca la escritura. El Marqués la mira y dice.*

¡Oh! qué bello carácter de letra mercantil.

*Escrib.* Favor de V. S.

*Escribe.*

Ante mí.

*Panc.* Hombre, qué lástima que no se pudiera poner esa expresión en francés.

*Escrib.* Ya nos contentaríamos los de la facultad con poder a lo menos extender las escrituras en latín. Esto de ser en castellano nos perjudica mucho cuando queremos dejar el sentido incomprensible. ¿Y cuántas veces tenemos que consultar los abogados para que nos ayuden a ponerlas de modo que se puedan interpretar según las circunstancias?

*Aparte.*

*Gin.* Así va ello.

*Lesm.* Si vm. se detiene, extenderá también la donación que quiero hacer a mi sobrina de todos mis bienes.

*Escrib.* Si no fuese hora de comer, con mucho gusto, pero volveré después.

*Panc.* Eso no importa, comerá vm. con nosotros.

*Marq.* Sí señor, *dinará* vm. aquí y si no quiere sentarse a la mesa, formando un contraste lúgubre con ese vestido opaco, veremos si ha quedado en este cofre alguno que le esté bien.

*Sacando del cofre una bata y un gorro muy ridículo.*

Con efecto, vea vm. qué soberbia ropa de chambre.

*Levántandose y señalando la escritura.*

*Escrib.* Voy allá. Señores, firmen vms., dejando este blanco para que lo haga Don Hipólito.

*Mientras firman Don Pancracio y Doña Inés, el escribano se pone la bata y el gorro.*

Veamos. ¡Oh! es magnífica.

*Aparte poniéndosela.*

Pillemos, sea lo que fuere, aunque me vistan como les dé la gana, yo no he de salir así a la calle y entre esta familia no puedo parecer muy ridículo. Sobre todo, donde quiera que fueres, etc.

*Al escribano después de haber firmado.*

*Panc.* Hombre, merece vm. en ese traje sentarse a la mesa del Emperador del Gran Mogol.

# ESCENA ÚLTIMA

*Los dichos y Don Hipólito vestido regularmente de militar con espadín.*

*Panc.* Pero, mon ami, ¿vm. en ese trage gótico?[25]

*Aparte.*

*Lesm.* Ahora los quiero oír.

*Marq.* ¿Qué, es esa la última moda?

*Hipól.* Voy a firmar y responderé a vms.

*Acercándose a la mesa.*

*Escrib.* Sí señor.

*Firmando y guardando después el contrato.*

*Hipól.* Hipólito Fernández. Ahora que tengo asegurada mi dicha, puedo decir a vms. que mi vestido es conforme a mi carácter y que los suyos no son de moda en parte alguna.

*Panc.* ¿Qué dice vm.? ¿pues y mi guarnición a la telégrafa?

*Hipól.* Si vm. hubiera leído lo que dice, habría conocido mi intención.

*Acercándose.*

*Marq.* ¿Pues qué dice?

*Arrimándose también.*

*Lesm.* Veamos.

*Leyendo un lado de la casaca de D. Pancracio.*

*Marq.* Un loco...

*Leyendo el otro.*

*Lesm.* Hace ciento.

*Riéndose.*

*Todos.* Un loco hace ciento.

*Marq.* ¡Oh! ¡qué bello título para una petite-piece!

*Panc.* ¿Cómo? ¿vm. burlarse así de un hombre de mis conocimientos?

*Hipól.* Oígame vm., le suplico. Mi intención ha sido corregir su fanatismo, que le precipitaba al exceso de sacrificar su palabra y su propia hija a una preocupación ridícula. Desengañémonos, amigo, todas las naciones tienen su mérito en las artes y en la ilustración: no es mi ánimo ahora decidir por cuál está la ventaja; pero ¿por qué los españoles preocupados han de negar a su patria las que le concede la naturaleza y aprecian los mismos extranjeros? No es, no, contra ellos esta útil lección: venero sus luces y sus talentos, que hasta el mismo Marqués si, como dice, hubiera estado en París y tratado los verdaderos hombres sensatos, conocería con otro aprovechamiento muy diferente.

*Marq.* Vaya, bien, ¿y qué? Si no he estado en París, no importa: he estado en una aldea corta de la frontera, y el haber respirado aquel aire me ha civilizado, acicalado y compuesto de manera, que donde quiera que yo me presente, seré el objeto de la común celebridad. Miren después de tantos circunloquios salir con que no he estado en París. ¿Y por dónde lo sabe vm.?

*Hipól.* Su primo de vm., que detesta esas puerilidades y en cuya casa estuvo vm. en Oloron, me lo dijo, asegurándome que había celebrado mucho que no se

proporcionase el seguir su viaje, porque temía que iba vm. a hacerse risible fuera de su país, como lo ha logrado ya dentro de él.

*Marq.* Pues bien, si él lo ha dicho, que sea. Pero a otra cosa que importa más. Vm. me ofreció la mano de su señora hermana...

*Hipól.* Sí señor y si vm. se aprovecha de lo que acaba de oír será digno de ella porque mi hermana es una joven juiciosa que jamás ha estado en Francia...

*Marq.* ¿Jamás ha estado en Francia? Abur, señores.

*Toma el sombrero y echa a correr.*

*A Don Hipólito.*

*Lesm.* Deme vm. un abrazo, pico de oro. Gracias a Dios que salimos de ese loco. Y tú, hermano, ¿en qué piensas? Habla, ¿no te cura este remedio?

*Panc.* Pienso en abrazar a D. Hipólito. Ven, hijo mío, tu remedio es doloroso como una cantárida[26] pero ha llegado a tiempo de salvar la vida al enfermo.

*Arrodillándose.*

*Inés e Hipól.* ¡Oh, padre mío!

*levantándolos.*

*Panc.* Venid a mis brazos, queridos hijos.

*A él.*

Ginés.

*Ginés.* ¿Qué, ya no soy garzón?

*Panc.* No; pero siempre serás un criado fiel. Vamos a despojarnos de estos vestidos, y tú cuidarás de que todos se conserven en los mismos cofres para que me recuerden mi ridiculez si el diablo me vuelve a tentar. Vm., señor escribano, guarde el suyo, si gusta, para memoria de este suceso y si él sirve para corregir la preocupación de las personas extravagantes, quedarán premiados los desvelos de una española amante de su nación que, por desterrar este defecto, ofrece esta pequeña pieza a la diversión del público.

**FIN**

# NOTAS

**1** Esta advertencia pone de manifiesto una motivación literaria «patriótica» por parte de la autora que busca ofrecer una pieza de calidad que goce del mismo éxito de público que las traducciones o imitaciones del francés que triunfaban en los escenarios españoles del momento.

**2** El comienzo de la obra evidencia la actitud satírica con que se afronta la obsesión por la apariencia de quienes viven esclavizados por la moda. En este caso se alude a que es ya mediodía y don Pancracio aún está peinándose en su tocador. El sainete de Ramón de la Cruz *El petimetre* comienza también con el acicalamiento del protagonista a horas tardías. La fascinación por los peinados complicados y la sátira de los peluqueros franceses y las modas capilares son muy frecuentes en textos de esta época. El peinado «a la caracalla» podría referirse a algún estilo rizado o con algún tipo de «corona» como aparece en los bustos de este emperador romano.

**3** Se refiere probablemente a figuritas de escayola, de escaso gusto y calidad, que ofrecían los vendedores ambulantes.

**4** Pancracio malgasta su tiempo esforzándose por ser fiel a la última moda y, por eso mismo, envía instrucciones específicas sobre cómo debe vestirse su hija para recibir al nuevo prometido. El *demi-negligé* era una bata ligera que podía ser muy elegante sin caer en lo ceremonioso.

**5** Esta descripción retrata a Don Hipólito como el castizo «hombre de bien» y el prometido deseable para Inés frente a todos los excesos encarnados por el relamido y afrancesado marqués que está a punto de entrar en escena.

**6** La camisa era la prenda de ropa interior que se llevaba debajo del corsé. La expresión «a la estinquerque» alude a la batalla de Steenkirk (1692) en la que se decía que los nobles franceses no habían tenido tiempo de arreglarse los pañuelos que llevaban al cuello. El «estinquerque» pasó así a denominar un tipo de prenda que se llevaba al cuello más bien suelta o con un estilo informal y desordenado. En los *Sueños morales* de Torres Villarroel aparece una mención explícita a este accesorio al retratar a una vieja aficionada a la moda como «osario con cotilla, tontillo y estinquerque» (175). El fichú era una especie de chal. No se ha encontrado mención del estilo «a la nigromante» que cobraría aquí matices cómicos: puesto a la manera de las brujas.

**7** «Sin cumplidos».

**8** La expresión «el pelo de la dehesa» alude a los modales rústicos de una persona que delatan su origen y crianza, en este caso se refiere a aquellos que no han salido nunca de España.

**9** El marqués deja claro que el suyo será un matrimonio al estilo del que conforman los Pimpleas en la comedia de Gálvez *La familia a la moda*. Aquí el aristócrata alude al enlace como una «bagatela» –una cuestión de forma y conveniencia– y manifiesta su intención de dirigirse a la manera «moderna» llevando una vida social independiente de su esposa.

**10** Es preciso destacar aquí la sensatez que traslucen las palabras y el comportamiento de Inés frente a los modales afectados y absurdos de su padre y del marqués. Su actuación pone en evidencia que la frivolidad y la pasión por la moda no se sentían como una problemática exclusivamente femenina. Numerosos textos de este período presentan al petimetre ridículo y afrancesado en oposición al hombre de bien que se caracteriza por un atuendo sobrio, como probará Hipólito al final de la obra.

**11** Es llamativa la alusión al duelo «a primera sangre» que es el que finaliza en el momento en que uno de los duelistas resulta herido aunque sea leve. Esa modalidad se opone al duelo a muerte y de esta forma el marqués queda dibujado como un hombre «civilizado» pero también un tanto cobarde. Más adelante Don Lesmes (que es ya un hombre mayor) le ofrecerá una pelea «de puño a puño» que el aristócrata rechaza por considerarla una solución «a la inglesa» que le repugna por contrariar los modales y el refinamiento «francés.»

**12** Esta es la propuesta central de la obra que supera la dicotomía civilización/barbarie y logra conjugar ideales de patriotismo y cosmopolitismo.

**13** Los petimetres y petimetras representan la pasión por la moda y la obsesión por todo lo francés. La expresión proviene del francés «petit maître» y puede traducirse como «señorito a la moda». También se los llama currutacos, gurruminos o lechuginos. Rebecca Haidt y Carmen Martín Gaite proporcionan abundante información sobre estos personajes y sus costumbres (Cfr. Bibliografía).

**14** Aunque la situación y los *souvenirs* de Pancracio busquen provocar la hilaridad del público lo cierto es que los colores «lodo de París» y «excremento de ganso» responden a una realidad histórica y en la Francia del XVIII ambos designaban un color marrón oscuro (Finlay 399).

**15** El prometido de Inés se presenta en escena hablando un español salpicado de galicismos, italianismos y palabras inventadas que imitan la fonética de ambos idiomas. Con este comportamiento el joven pretende hacer gala de haber olvidado su lengua materna tras sus viajes.

**16** Don Hipólito crea su personaje del viajero retornado como un amante del exceso y la novedad. Su referencia a un carruaje con forma de globo aerostático es un buen símbolo de esta preferencia por lo nuevo y llamativo que busca conscientemente deslumbrar a Pancracio y al marqués. Los hermanos Montgolfier hicieron la primera demostración pública de su invención en 1783. Vicenzo Lunardi llevó a cabo en Madrid varios intentos y ascensiones en globo en los años 1792 y 1793. El hecho de usar la palabra «panteras» para referirse a los caballos muestra idéntico alarde de modernidad en el habla.

**17** No está claro qué tipo de vino dulce les ha servido Hipólito que, además, les tilda de ignorantes por no saber lo que es el «cotorrotí». El marqués se refiere aquí probablemente al vino de Graves que forma parte de la región vinícola de Burdeos. El vino dulce de Sauternes, por ejemplo, tenía reputación internacional ya a finales del siglo XVIII.

**18** Numerosos textos de la época aluden al gusto masculino por los calzones ceñidos y los zapatos apretados con hebillas grandes. Un pantalón ancho como el que propone Hipólito sería enormemente ridículo para el estándar estético del momento.

**19** El vocablo tenía el significado de «bárbaro» y Lord Chesterfield llama a los españoles en una de sus cartas «bárbaros ignorantes» (*ignorant goths*). El adjetivo se relaciona aquí con lo anticuado y pasado de moda, como se verá al final de la obra cuando Don Hipólito salga a escena vestido de militar y Don Pancracio exclame «¿vm. en ese traje gótico?».

**20** Resulta significativo que tanto Don Lesmes en esta obra como Doña Guiomar en la comedia de Gálvez *La familia a la moda* alardeen de ese origen montañés identificado con los valores castizos, frugales y patrióticos frente a los excesos cometidos por aquellos españoles que han quedado subyugados por la modernidad cortesana.

**21** Abrigo suelto de mujer, aquí probablemente muy amplio.

**22** Gálvez retrata a D. Hipólito como un personaje que está al día de las novedades tecnológicas y los descubrimientos, como puede verse también en la referencia al globo aerostático (Cfr. Nota 16). En 1790 el francés Claude Chapé había concebido un sistema de comunicación mediante señales ópticas que era mucho más rápido que el correo. En 1799 se aprobó en España por orden real un proyecto para la instalación del telé-

grafo óptico y en 1800 entró en funcionamiento el tramo Madrid-Aranjuez (Otero Carvajal 128). La alusión a las «letras» grandes en el vestido hacen referenvia a un objeto cultural de reciente creación: el telegrama.

**23** Ginés intuye el elemento «teatral» implícito en la situación y, de alguna forma, da a entender que esas prendas son el vestuario para la farsa que Hipólito e Inés están representando en la casa de Pancracio.

**24** En este momento Don Lesmes ya es consciente de que se trata de una treta urdida por su sobrina y su prometido con objeto de llevar adelante sus planes de boda y por eso decide participar en la burla y entiende que para ello es fundamental «disfrazarse» como los demás.

**25** Cfr. Nota 19.

**26** Parches medicinales que se aplicaban a los enfermos.

GOYA, Francisco de. *El quitasol*

# La locura del viajero retornado: la "galomanía" en *Un loco hace ciento* de María Rosa Gálvez

ANA MARÍA DÍAZ MARCOS

*La vie parisienne a travers le XIX siècle* de Charles Simond. París: Librería Plon, 1900.

La controversia entre lo *nacional* frente a lo *extranjero* y los ideales de *tradición* (lo español) frente a *modernidad* (lo europeo) son temas que se reiteran obsesivamente a lo largo del siglo XVIII. Numerosos textos literarios de esta época reflexionan sobre el patriotismo, la identidad y el carácter nacional[a]. En 1782 Masson de Morvilliers planteó en su *Enciclopedia Metódica* la ácida pregunta «¿Qué se debe a España?» dando lugar a una réplica exasperada por parte de Juan Pablo Forner en su *Oración apologética por la España y su mérito literario* donde defendía la producción literaria y el espíritu nacional. Muchos libros de viajes publicados por autores extranjeros no hacían sino reforzar una visión de España como «un país periférico y atrasado» (Bolufer Peruga 260), lo que se reflejaba en la conocida expresión «África empieza en los Pirineos» que identificaba a la península con lo salvaje y subdesarrollado.

**a** El padre Feijoo, por ejemplo, tituló uno de los artículos de su *Teatro crítico universal* (1726-1740) «Amor a la patria y pasión nacional» para distinguir entre un patriotismo positivo y un patrioterismo cegador que lleva a no reconocer los propios errores y a pensar que sólo lo nacional es bueno y positivo. *Las cartas marruecas* (1789) de José de Cadalso también hacen referencia a estas cuestiones, al igual que la prensa crítica del momento, siendo un buen ejemplo la publicación *El censor* (1781-1787).

En este contexto cultural es indispensable apuntar que la propia Gálvez reconoció que había escrito tanto la tragedia *Ali-Bek* como el fin de fiesta *Un loco hace ciento* movida por una preocupación intelectual y artística de signo patriótico dado que las obras que triunfaban en la escena española del momento eran mayormente piezas francesas o traducciones[b]. La dramaturga subrayaba en la «Advertencia» que abre el segundo volumen de sus *Obras poéticas* que en ese momento había en la península «un diluvio de traductores» (6) y sus palabras muestran un empeño en producir obras originales que pudieran tener éxito en escena educando al público español para que valorase más el teatro nacional. Esta misma idea está implícita en su referencia a una situación que paralizaba el ingenio de los autores patrios, temerosos de la crítica de unos espectadores «contagiados de esta epidemia de predilección a los extraños y desprecio de los propios» (7). La producción de esta dramaturga está marcada por una poderosa motivación política, literaria y editorial que buscaba –si atendemos a su confesión– fomentar la creación y publicación de obras originales por parte de sus compatriotas.

El tema del fin de fiesta *Un loco hace ciento* resultaba especialmente apropiado en ese esfuerzo de defensa de la producción nacional y, de hecho, la edición de la obra aparece precedida de otra «Advertencia» de la autora que hace referencia a cuestiones íntimamente relacionadas entre sí y vinculadas a la defensa de lo *castizo* frente a lo

PARET Y ALCÁZAR, Luis. *Ensayo de una comedia*, 1772. Museo del Prado, Madrid. (Imagen de arriba)

PARET Y ALCÁZAR, Luis. *La tienda del anticuario*, 1772. Museo Lázaro Galiano, Madrid. (Imagen de abajo)

**b** No obstante, la propia Gálvez tradujo tres piezas francesas al castellano: las comedias *Catalina o la bella labradora*, de Amélie Candeille y *La intriga epistolar*, de Fabre d´Églantine,y la opereta *Bion* de François Benoît Hoffman (Establier Pérez 196).

GOYA, Francisco de. *Retrato de Manuel Godoy,* 1801. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

*extranjero*. La dramaturga subraya que su comedia tiene dos objetivos que se relacionan íntimamente pues, por un lado, pretende demostrar que se pueden realizar en España composiciones dramáticas equivalentes en «gracia, invención y viveza a las que de éste género han venido de otros países» (9)[c] y, por otro, busca satirizar «la preocupación de que están imbuidos muchos jóvenes, que sin haber casi respirado el aire del otro lado de los Pirineos, vuelven a su patria despreciando todo cuanto hay en ella» (ibíd.). La comedia trataba así el tema de los viajes por el extranjero, explotando el potencial cómico resultado de satirizar la figura del *viajero retornado* que regresa a su país imitando los modales foráneos y mostrando absoluto desprecio por la cultura, la lengua, las costumbres y la propia idiosincrasia española. Esta caricatura[d] del turista desdeñoso armonizaba

**c** Todas las citas se refieren a la presente edición del texto.

**d** Di Pinto ha analizado la obra como una «comedia con figurón» en la que el personaje del viajero ridículo sirve para criticar una serie de costumbres que se quieren corregir (223). Olga Fernández define la comedia de figurón como un «tipo de comedia popular humorístico-satírica que se desarrolla en los siglos XVII y XVIII y que tiene como principales características el estar protagonizada por un personaje ridículo, tanto por su aspecto físico como por su psicología, mediante el cual se critican defectos humanos, más o menos graves, y comportamientos sociales negativos, casi siempre llegando a lo grotesco» (133).

perfectamente con el *patriotismo literario* de la autora en tanto que ponía en evidencia una actitud de soberbia similar: la de aquellos que criticaban y escarnecían el teatro español y anteponían el gusto francés. *Un loco hace ciento* se esfuerza en mostrar los errores de semejantes actitudes, pero no lo hace promoviendo un ideal de españolismo a ultranza sino un mensaje templado de «cosmopolitismo castizo» –valga la expresión– que constituye el rasgo más llamativo y original de la pieza. Los ideales de universalidad de la comedia enfatizan más bien el mérito idéntico de todas las naciones, afirmando el valor de lo nacional sin necesidad de denostar lo francés, demostrando así que su sátira no iba dirigida contra el país vecino sino contra quienes negaban a España su verdadero valor. El sentimiento predominante en *Un loco hace ciento* no era, por tanto, anti-francés sino que se criticaba el fanatismo de quienes no reconocían los valores objetivos de lo español:

> HIPÓLITO: Desengañémonos, amigo, todas las naciones tienen su mérito en las artes y en la ilustración, no es mi ánimo ahora decidir por cuál está la ventaja, pero ¿por qué los españoles preocupados han de negar a su patria las que le concede la naturaleza, y aprecian los mismos extranjeros? No es, no, contra ellos esta útil lección, venero sus luces y sus talentos, que hasta el mismo marqués si, como dice, hubiera estado en París, y tratado los verdaderos hombres sensatos, conocería con otro aprovechamiento muy diferente (85).

RODRÍGUEZ, Antonio. «Petimetre de serio». *Colección general de los trajes de España según se usan actualmente*. Madrid: 1801.

RODRÍGUEZ, Antonio. «En el baile nos vemos». *Colección general de los trajes de España según se usan actualmente*. Madrid, 1801.

Estas palabras enunciadas por el galán de la obra, Don Hipólito, logran conciliar patriotismo y españolismo con respeto y valoración de lo extranjero, algo que concuerda con el ideal de *ciudadanía universal* expuesto por el tío Don Lesmes. Esta visión supone una negación de la dicotomía civilización/barbarie que se revisa en esta obra en clave humorística y, de esta forma, *Un loco hace ciento* refleja un espíritu abierto, a un tiempo cosmopolita y patriótico.

## Los viajes a París y la manía afrancesada

Los temas de la frivolidad imperante, el gusto por la moda y por los viajes de esta incipiente sociedad de consumo, la afectación que exhiben algunos viajeros a la vuelta de sus *tours*, la oposición entre una «civilización» gala opuesta a una «barbarie» ibérica, la idea de cosmopolitismo y la sátira de la pasión por lo francés son aspectos que Rosa María Gálvez explota hábilmente en *Un loco hace ciento*, pieza que presenta bastantes concomitancias con su comedia *La familia a la moda* que se estrenó cuatro años más tarde[e]. Tanto la comedia como el fin de fiesta plantean el conflicto entre tradición y modernidad, casticismo y afrancesamiento, imponiéndose finalmente la cordura frente a la *galomanía* identificada con el desorden y la inmoralidad. La comedia y el fin de fiesta comparten un personaje similar: la joven protagonista que en ambos casos se llama Inés y que se ve forzada a casarse con un aristócrata al que no ama. Tanto

**e** El argumento de la comedia giraba en torno a una familia «moderna» arruinada por las ínfulas de moda y lujo de la madre –una petimetra muy aficionada a todo lo francés– y la afición al juego del padre. La salvación de los Pimpleas vendrá ligada al escarmiento dado por la mandona tía Doña Guiomar, que pondrá orden en esta familia desestructurada y enloquecida por la modernidad.

la joven Inés de *La familia a la moda* como la Inés que protagoniza el fin de fiesta están enamoradas de otro galán que representa valores viriles y tradicionales opuestos a los del aristócrata decadente y afrancesado y finalmente consigue unirse al hombre que ama.

La diatriba contra la francofilia exagerada y la burla del hechizo de lo francés –especialmente en materia de lujo y moda– es una constante en la literatura dieciochesca. Las figuras de los petimetres y petimetras –señoritos y señoritas a la moda, afrancesados y relamidos– aparecen una y otra vez en la prensa periódica, los sainetes y el teatro. Autores como Feijoo, Cadalso o Ramón de la Cruz[f] aluden en sus obras al ansia de poseer productos de lujo procedentes del país vecino, al uso de un lenguaje salpicado de galicismos o al empeño en ser moderno a costa de renegar de un españolismo que se siente como zafio y pasado de moda. La caricatura de personajes como el aristocrático pretendiente en *Un loco hace ciento* se refleja muy bien en el inconformismo de éste con su identidad castiza que percibe como rústica y que se materializa en su rechazo del nombre «Agapito» que sustituye por el más sofisticado «Monsieur Gapitier» pero, arropadas bajo ese tono cómico, palpitan también hondas preocupaciones como la posible pérdida de la identidad patria o la idea de que el matrimonio «moderno» *a la francesa* atentaba contra el modelo castizo de familia más ancestral y arraigado. La preferencia por los productos extranjeros se interpretaba a su vez como una invasión moral en tanto que

«El veraneo a finales del siglo XVIII». *La ilustración española e iberoamericana*. 7 de agosto de 1900.

**f** Por citar algunos ejemplos cabe recordar el artículo «Las modas» del Teatro Crítico Universal de Feijoo. La comedia *La petimetra* (1762) de Moratín también trata este tema, al igual que múltiples sainetes de Ramón de la Cruz como *El petimetre* (1764), *La petimetra en el tocador* (1762) o *La presumida burlada* (1768) que satirizan la ridiculez y los excesos de personajes que exhiben ostentosamente su frivolidad.

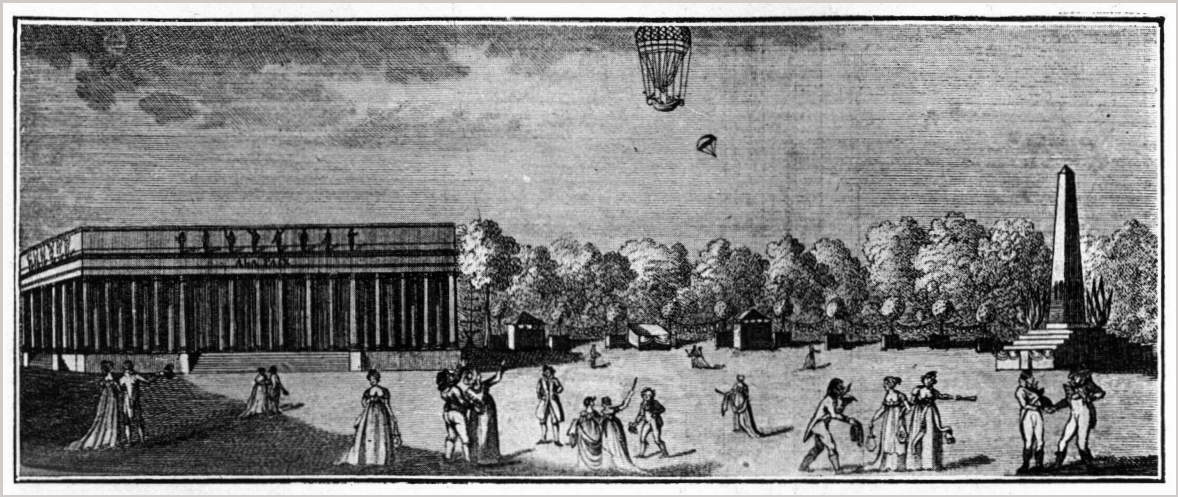
«Astucia diplomática». *La ilustración española e iberoamericana*. 14 de mayo de 1909.

suponía la absorción de costumbres e ideas foráneas que contaminaban el carácter español tradicional. Por último, existía una inquietud de índole económica vinculada a ideales proteccionistas en tanto que la importación de productos franceses –que se preferían con mucho a los nacionales– perjudicaba a la industria española. A este respecto una de las escenas más cómicas de la pieza gira en torno al intercambio

de regalos que se produce con motivo de los esponsales. Don Hipólito quiere sorprender a su aristocrático yerno regalándole dos «alhajas» traídas de sus viajes: un frasquito con agua del Sena y otro con lodo de París. Los comentarios admirativos del marqués al recibir los obsequios aluden a la capacidad de los franceses para rentabilizar la fascinación que despiertan sus productos: «Observe vm., amigo, qué será un país, donde hasta del lodo se saca fruto para la industria, y fomento para el comercio» (46).

*Un loco hace ciento* ofrece una caricatura satírica de los enfermos de *galomanía* que padecen una crisis de identidad en tanto que reniegan de lo propio y abrazan con entusiasmo cualquier cosa que se les ofrezca como «francesa» y «moderna». Esta actitud contrasta fuertemente con la personalidad más equilibrada e «ilustrada» que aparece encarnada en Hipólito y Don Lesmes que no son ejemplos de atraso rústico sino de hombría de bien, mentalidad abierta y moderación. El marqués de Selva-Amena y el padre de Inés insisten, en cambio, en abominar de lo español por identificarlo con lo rudo, anticuado y salvaje. Don Pancracio y el marqués han quedado permanentemente seducidos por el espejismo de la civilización, el progreso, la elegancia y la cultura que ellos ubican fuera de la península. El fin de fiesta denuncia con tonos cómicos esa actitud antipatriótica y ridícula que confiere superioridad de forma acrítica y automática a todo aquello que procede del exterior. Estos dos personajes son una encarnación caricaturesca (figurones) de

GOYA, Francisco de. *¿Quién más rendido?* Grabado de la serie *Los caprichos*.



El viaje en globo de Garnerin representado en *La vie parisienne a travers le XIX siècle* de Charles Simond. París: Librería Plon, 1900.

los *malos viajeros* porque detestan su patria y reniegan de sus paisanos por considerarlos «majaderos».

Si Don Hipólito regresa a casa convertido en un ciudadano cosmopolita que es capaz de ver lo positivo de todas las naciones sin denostar la propia, Agapito/Monsieur Gapitier, en cambio, es un aristócrata que reniega de su nombre, patria y lengua al sentirse hechizado por la moda, la forma de hablar y el lenguaje gestual afrancesado, pero no se interesa en absoluto por otras cuestiones espirituales e intelectuales más profundas y resume su experiencia parisina –que luego se demuestra imaginaria– en términos que remiten a una existencia volcada en lo frívolo: «He frecuentado mucho los teatros, he leído muchas novelas, me he perfeccionado en hablar el francés, he concurrido a aquellos brillantísimos paseos, he visitado los mejores sastres y modistas, he acudido

de continuo a los cafés» (38). El fracaso como viajeros de Don Pancracio y el marqués, encaja con la visión expuesta por Rousseau en su *Emilio* (1762) donde se planteaba que el objetivo de los viajes debía centrarse en adquirir instrucción y todo lo demás no era sino vagabundear (614-619).

## La farsa de la modernidad

Cuando Don Pancracio se empeña en casar a su hija con el marqués de Selva-Amena la joven Inés se pone en contacto con Don Hipólito y juntos llevan a cabo una treta que reposa sobre el modelo del «engaño a los ojos». Para esta representación los jóvenes se convierten en actores de una pieza *teatral* casera cuyo argumento gira en torno a la atracción que la moda francesa ejerce sobre el padre y el aristócrata y todos los habitantes de la casa participarán de esa *función*. La carta de Inés a Don Hipólito sugiere el artificio teatral como forma de convencer a los otros de su equivocación para así poder casarse: «Venzamos esta preocupación por medio del artificio, preséntate mañana a mi padre cargado con todas las ridiculeces de un joven viajero aturdido, y por pocos instantes de fingimiento tienes segura la posesión de tu fiel amante» (74). El joven Don Hipólito se convierte por amor a Inés en un actor que hace alarde de la misma extravagancia que su futuro suegro y su rival exhibiendo una actitud ridícula con el fin de vencerlos con sus propias armas. El ardid que utiliza el joven para lograr entrar en la casa deja embelesado a Don Pancracio pues le promete regalos de

*La vie parisienne a travers le XIX siècle de Charles Simond*. París: Librería Plon 1900.

París que funcionan como paralelo de los absurdos *souvenirs* que él mismo había ofrecido al marqués. Don Hipólito se presenta ante ambos como una caricatura de sus propias manías, alega haber olvidado la lengua materna y conversa en una mezcla ridícula de francés, español e italiano y, de este modo, utiliza en beneficio propio la pedantería del marqués y su suegro, apareciendo ante ellos como su reflejo. Ellos, por su parte, se muestran incapaces de interpretar correctamente su actuación pues su deslumbramiento les impide captar el matiz burlesco en el gesto y los modales y tampoco reconocen que su atuendo y regalos son el vestuario y utilería de una improvisada farsa que se representa ante sus ojos.

Don Hipólito comienza por «disfrazar» a todos los miembros de la familia con modelos descabellados con la excusa de que proceden de Francia, pero las acotaciones y descripciones de las prendas sugieren que esos artículos no son más que un ridículo disfraz: «un pantalón ancho carmesí, con galón muy ancho de papel dorado» (54) para el rival o «una camisa de red con los agujeros muy grandes» para Inés (64). El proceso de vestir a los «actores» culmina con el «vestido a la telégrafa» que Hipólito entrega a Don Pancracio y que es, en realidad, un traje risible con letras de papel dorado que rezan «Un loco hace ciento». El atuendo *a la telégrafa* posee varios niveles de significado aludiendo, por un lado, al hecho de que todos los cuerdos pueden ver lo grotesco del modelo y leer el lema impreso en el traje excepto el interesado que no es consciente de su ridiculez[g]. Esa indumentaria con letras doradas subraya

también la condición contagiosa de la moda, vista como una afición enfermiza e irracional que se propaga rápidamente[h] y, por eso mismo, cuando el marqués vuelve a la casa ataviado con su nuevo modelo, confiesa que todo el mundo le ha seguido por la calle, suponiendo que se debe a su elegancia y modernidad en vez de a su extravagancia, probando así que es un *loco* incapaz de interpretar adecuadamente las reacciones que despierta su apariencia porque su obsesión por la moda francesa le ha cegado el entendimiento. Cuando todos los actores se han acicalado llega finalmente el momento de exponer el propósito docente de la broma y, por esa razón, Don Hipólito abandona brevemente la escena para cambiarse y adoptar su uniforme militar para la boda. Una vez firmado el documento del casamiento Hipólito explica que «mi vestido es conforme a mi carácter, y que los suyos nos son de moda en parte alguna» (84) obligando a su suegro a leer el texto inscrito en su atavío para desengañarle de su locura. Don Pancracio reconoce finalmente que el estrambótico atuendo que su yerno le ha descrito como *francés y a la moda* no es ninguna de las dos cosas y consigue «curarse» de su desvarío y reconocer su error confesando así su acatamiento de la enseñanza moral. En *Un loco hace ciento* se subraya explícitamente que la pieza critica esos defectos ofreciendo la pieza para «diversión del público» (87) logrando así el doble propósito neoclásico de *deleitar instruyendo* que implicaba que la obligación del dramaturgo era «valerse del deleite para conservar puras nuestras costumbres» (Clavijo y Fajardo 379) por lo que las obras teatrales debían combinar

GOYA, Francisco de. *Isabel Porcel*, c.1805, National Gallery (Londres).

**g** La idea guarda un remoto parecido con un relato folclórico que en el ámbito español se recoge en *El conde Lucanor* de Don Juan Manuel (1335). Se trata del ejemplo XXXII en el que unos pícaros logran engañar a un rey mostrándole un supuesto paño extraordinario que tiene la propiedad de que sólo puede ser visto por quienes sean hijos de su padre. El rey y todos los vasallos, temerosos de perder su honra, fingen no ser conscientes de la desnudez del rey hasta que un vasallo descubre el engaño. La historia fue popularizada por Hans Christian Andersen en su versión infantil *El traje nuevo del emperador* que se publicó en 1837.

**h** El tema aparece tratado también de forma cómica en el entremés de Ramón de la Cruz *El hospital de la moda* (1762).

GOYA, Francisco de. *Retrato de Sebastián Martínez*, 1792. Metropolitan Museum of Modern Art, Nueva York. La pintura representa el estilo francés de un atuendo que combina el calzón amarillo con una casaca de rayas azules.

atractivo e instrucción. Este es, sin duda, el caso de este fin de fiesta en el que María Rosa Gálvez consigue aunar con éxito en escena diversión, crítica social y lección moral.

## Bibliografía


Bolufer Peruga, Mónica. «Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII.» *Estudis* 29 (2003): 255-300.

Clavijo y Fajardo, José. *El pensador*. Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra, 1762.

Di Pinto, Elena. «Las hechuras del figurón: (Entre bobos anda el juego, de Rojas Zorrilla, *Un bobo hace ciento*, de Solís y *Un loco hace ciento* de María Rosa Gálvez)», en Luciano García Lorenzo (ed.). *El figurón: texto y puesta en escena*. Madrid, Fundamentos, 2007. 222-248.

Establier Pérez, Helena. «Una dramaturgia feminista para el siglo XVIII: las obras de María Rosa Gálvez de Cabrera en la comedia de costumbres ilustrada.» *Dieciocho* 29.2 (2006): 179-203.

Fernández Fernández, Olga. «Las estructuras funcionales de la comedia de figurón: la función del figurón en Entre bobos anda el juego», en Pedraza Jiménez, Felipe et alii. *Francisco Rojas Zorrilla, poeta dramático. Actas de las XXII Jornadas de Teatro Clásico*. Almagro, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000. 133-149.

Finlay, Robert. «Weaving the Rainbow: Visions of Color in World History.» *Journal of world history* 18.4 (2007): 383-431.

Forner, Juan Pablo. *Oración apologética por la España* y su mérito literario. Madrid, Publicaciones españolas, 1956.

Gálvez de Cabrera, María Rosa. *Un loco hace ciento*. Comedia en un acto en prosa. Madrid, Oficina de Benito G. y Cía, 1801.

___*Obras poéticas*. Volumen 2. Madrid, Imprenta Real, 1804.

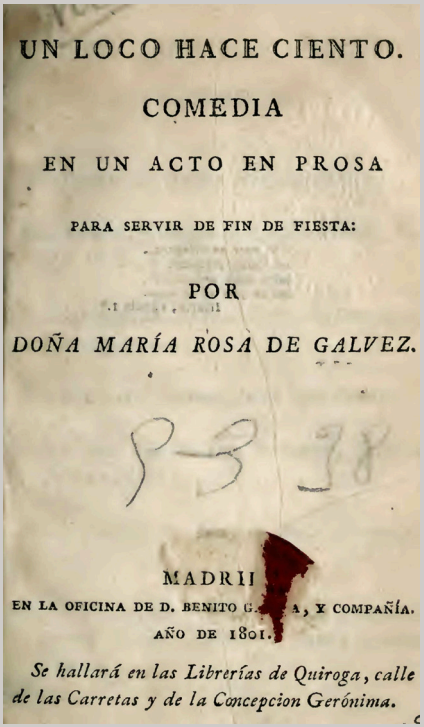
Haidt, Rebecca. *Embodying Enlightenment: Knowing the body in Eighteenth-Century Spanish Literature and Culture*. New York, St. Martin´s press, 1998.

Martín Gaite, Carmen. *Usos amorosos del dieciocho en España*. Barcelona, Anagrama, 1986.

Otero Carvajal, Luis Enrique. «La evolución del telégrafo en España, 1800-1936», en Bahamonde Magro, Ángel et alii. *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas, 1993. 123-188.

Rousseau, Jean-Jacques. *Emilio o De la educación*. Madrid, Alianza, 1990.

Torres Villarroel, Diego de. *Sueños morales, visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo*. Madrid, Imprenta de González, 1786.


UN LOCO HACE CIENTO.

COMEDIA

EN UN ACTO EN PROSA

PARA SERVIR DE FIN DE FIESTA:

POR

DOÑA MARÍA ROSA DE GALVEZ.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO G[illegible]A, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

*Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.*

Portada de *Un loco hace ciento*. Madrid: imprenta de D. Benito García y Compañía, 1801

Galeria de lecturas pendientes

2012

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCIA

“Quiero que vayan al instante a buscarme un coche de camino para irme a mi tierra y salir de esta casa de locos. Todos, todos han perdido la chaveta. Mi hermano anda dando vueltas a los espejos con un maldito vestido guarnecido de letras de carteles de toros: mi sobrina, hecha una cigüeña, metida en una red de cazar pájaros: la criada envuelta en un saco con dos libras de almazarrón en la cara, y una pieza de tafetán inglés repartida en lunares. Llamo a los criados, no me responden: salgo a buscarlos, los encuentro vestidos de máscara, y a *v.m.*, que parece un pelele de carnaval.”

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTE